

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

26ª SEMANA DEL T.O. (29 de septiembre de 2013)

Ante esta parábola, hay quienes se han sentido intrigados o escandalizados. ¿Fue consolado Lázaro por su pobreza o por su piedad? Y a la inversa: ¿es el rico castigado por sus riquezas o por su falta de caridad? ¿Es aceptable este cambio «Magnífi-co» de tortilla? ¿No aflora aquí un espíritu vengativo, que está lejísimos de la misericordia de Dios?

1

VER

«Adon Kalenga trabaja siete días a la semana extrayendo minerales de la tierra sin guantes. Tiene trece años y vive en la provincia de Katanga, República Democrática del Congo. No tiene hogar y no puede pagar los seis dólares al mes que cuesta ir a la escuela... A veces duerme en la calle, otras en un orfanato. La mayor parte del tiempo trabaja, ganando tres dólares al día. Es una de las 67.000 personas en Katanga que se ganan la vida extrayendo piedras que contienen dos minerales apreciados en todo el mundo: el cobre y el cobalto. El cobre, rojo terroso, se emplea para hacer cables eléctricos necesarios para iluminar las ciudades de nuestro mundo. El cobalto, metal gris plateado, se usa para fabricar motores de avión, tinta y pilas de teléfono móvil.

(...) Los minerales que Adon y otros niños como él extraen de la tierra rojiza y dura se llevan a hornos en las afueras de ciudades empobrecidas cercanas a las minas. La mayoría de estos hornos oxidados y alimentados a mano son propiedad de empresas establecidas en un país lejano, un país que fue fundado en una ideología que exalta los derechos de los trabajadores: La República Popular de la China. La espinilla izquierda de Adon tiene una cicatriz de una caída sufrida hace tres años durante un corrimiento de tierras, en el que murieron algunos trabajadores, entre ellos cuatro de sus jóvenes amigos.

(...) En realidad Adon y sus compañeros y compañeras practican una forma caótica de capitalismo, con muy poca supervisión de la empresa y del Estado. Los mineros manuales no son empleados; son trabajadores pro cuenta propia que venden a intermediarios lo que han extraído y limpiado» (S. Clark, M. Smith, F. Wild, *China Lets Workers Die digging in Congo Mines for Copper*)



ESO HAREMOS

No encubrir las desgracias,
no ocultar los sufrimientos.
Eso haremos, cristianos.

Vamos a desbaratar
las viles estrategias,
esos sucios manejos,
que hacen invisibles
los cuerpos
e inaudibles los gritos
de las víctimas.
Eso haremos.

Sensibles al sufrimiento
evocaremos la historia
de sus cuerpos.

En el rostro del que sufre estás Tú, oh Dios.
Su grito es tu clamor. ¡Pondremos plazo!
No hay más verdad que tu verdad sufriente,
que es la del pobre, a cuya autoridad me inclino...

Lo que mantiene despierto nuestro espíritu
es el sufrimiento de los otros....
y la justicia que no llega.

A costa de los vencidos vivimos, lo sabemos,
y su resurrección anhelamos... de sus cuerpos muertos...

¡Dios, oh Dios, no dejes en paz el pasado,
no dejes tranquilo el mundo...
hasta resucitar los muertos!

EVANGELIO (Lc 16, 19-31)

¹⁹ Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteara cada día. ²⁰ Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, ²¹ y con ganas de saciarse de lo que caía de la mesa del rico. Y hasta los perros venían y le lamían las llagas. ²² Sucedió que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Murió también el rico y fue enterrado. ²³ Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantó los ojos y vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, ²⁴ y gritando, dijo: «Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas». ²⁵ Pero

Abrahán le dijo: «Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso ahora él es aquí consolado, mientras que tú eres atormentado. ²⁶ Y, además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que los que quieran cruzar desde aquí hacia vosotros no puedan hacerlo, ni tampoco pasar de ahí hasta nosotros». ²⁷ Él dijo: «Te ruego, entonces, padre, que le mandes a casa de mi padre, ²⁸ pues tengo cinco hermanos: que les dé testimonio de estas cosas, no sea que también ellos vengan a este lugar de tormento». ²⁹ Abrahán le dice: «Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen». ³⁰ Pero él le dijo: «No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a ellos, se arrepentirán». ³¹ Abrahán le dijo: «Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no se convencerán ni aunque resucite un muerto».

3

Pequeña explicación

Ante esta parábola, hay quienes se han sentido intrigados o escandalizados. ¿Fue consolado Lázaro por su pobreza o por su piedad? Y a la inversa: ¿es el rico castigado por sus riquezas o por su falta de caridad? ¿Es aceptable este cambio «Magnífico» de tortilla? ¿No aflora aquí un espíritu vengativo, que está lejísimos de la misericordia de Dios?

El relato comienza presentando el estatus social, aspecto físico, modo de vida y lugar característico de los dos personaje.



Los vestidos del rico han sido confeccionados con los tejidos más preciosos y excluyentes que en pasarela alguna puedan contemplarse. La *porfíra* designa en primer lugar un caracolillo marino, el *murex*, del que se extraía el líquido purpúreo; llegó a significar también la vestimenta teñida de este color. En la literatura rabínica la *púrpura* se reserva para los reyes y para Dios. En el Imperio romano y luego en Bizancio llega a ser privilegio exclusivo de los emperadores. El *býssos* era una clase de *lino* particularmente delicado, de procedencia egipcia o india, con el cual se confeccionaban los vestidos que iban debajo del manto. La lujosa vestimenta del rico, su manto de púrpura y su túnica de lino era, pues, de un gusto exquisito y de colores armoniosos. El imperfecto “se vestía” indica una costumbre y no un porte excepcional (como las novias el día de su boda). ¡Qué retrato del consumismo del ‘Norte’!

El rico de la parábola precedente decía a su alma: “reposa, come, bebe y alégrate (*eyfraínou*). Aquí encontramos el mismo verbo *eyfraínomai*.

Sólo personas muy acaudaladas pueden

proporcionarse tales satisfacciones todos los días. Y para culminar la pintura, el texto añade el adverbio *lamprôs*, “brillantemente”. El cuadro pintado en el v. 19 es de un lujo desmedido.

Lázaro, por su parte, “estaba arrojado”, “había sido arrojado”, cubierto de úlceras. Viejo de la calle, resto de patera, arrojado por otros al margen invisible, Lázaro no ha sido jamás dueño de su destino (“quien no tiene dinero no es “de sí [mismo] señor” (arcipreste de Hita). “Deseoso de saciarse” nos recuerda al hijo pródigo (15,16), y a la imagen utilizada por la mujer sirofenicia (cf. Mt 15,27: “pues los perrillos comen las migajas que caen de la mesa de sus dueños”). Se trata de la miga de pan que se utilizaba para limpiarse los dedos.

¡Ni eso se le daba! Los perros callejeros aparecen para hacer la pintura más oscura aún. Lázaro significa: “Dios ayuda” (en el otro mundo).

Una gran *chasma*, “fosa” separadora se ha extendido entre el rico y el pobre que, aunque viven uno al lado del otro, no se encontraron jamás debido al abismo creado por el pecado estructural (primer y tercer mundo). La comunicación es imposible. A menos que el dolor propio, el sufrimiento, le abra al rico (primer mundo) los ojos, ciegos sin dolor para ver la desigualdad infame.

Una cosa, sin embargo, comparten ambos personajes tan distantes y distintos: la muerte. Pero es un compartir instantáneo, pues, *una vez muertos*, (¿sólo después de muertos?) se produce con velocidad escatológica el cambio “especular” del mundo al revés, donde los primeros son últimos y los últimos primeros. El pobre (humano) es llevado por mano de ángeles al seno de Abrahán; mientras que el rico es enterrado en el Hades como cualquier animal (en el que se había convertido). ¡Cambio inesperado de las suertes para nuestra mentalidad burguesa! Verse “entre tormentos” es un cuadro que el rico actual no ha colgado en sus paredes. Y, sin embargo, es ahora, estando entre tormentos (aquellos que atormentan a los pobres durante toda su vida) cuando alcanza a “ver” a Lázaro, a quien nunca vio mientras vivía en la opulencia. ¿No es esta, pues, la correcta pastoral eclesial que puede evangelizar a los ricos: hacerles conocer en sus propias carnes el sufrimiento que pasan los pobres cada día? Pero el Epulón concibe la pastoral de otra manera menos sufriente. Sabe por experiencia que lo que diga “La Ley y los profetas”, es decir, la Palabra de Dios, no va a convertir a ningún rico. Con ellos no valen catequesis ni monsergas. En efecto, precisamente son ricos por pasar de la Palabra de Dios. Ahora bien, si “un muerto se les apareciera para darles testimonio de estas cosas”... Ante esta estrafalaria pastoral del rico, Abrahán deja caer su terrible frase: “Si no escuchan a Moisés y los profetas, no se convencerán ni aunque resucite un muerto”. Un día los fariseos le pidieron a Jesús un signo de los cielos. Él les contestó bruscamente: “No se os dará ningún signo”. Y es que el evangelio no está al alcance ni de ricos ni de fariseos. ¡Oh Jesús!

La inversión de destinos así como el contraste entre la riqueza y la pobreza nos son conocidos. Conocemos el Magníficat (Lc 1,46-55); las Bienaventuranzas, seguidas de los ‘ayes’ (6,20-26). Hemos meditado los peligros de las riquezas y el ideal cristiano de la renuncia (12,33-34; 14,33); recordamos la parábola del rico insensato (12,16-21), y acabamos de leer la primera parte del capítulo 16 de Lucas (domingo anterior).

El cambio de tortilla –a que nos invita la parábola– debe realizarse en la mente de los vivos, es el cambio de mentalidad para ahora, es la conversión imprescindible lanzada a los hermanos ricos vivos. Cuando luchamos en la causa de los pobres y contra la causa de los ricos, estamos realizando la única pastoral que salva a unos y a otros. Sólo los que optan por los pobres son en verdad hermanos universales.

CREÍAMOS

Creímos que era posible el cambio.
 Nos comprometimos,
 trabajamos,
 oramos,
 proyectamos nuevos sistemas,
 nuevas ideologías,
 nuevas formas de reparto.
 Soñamos utopías contra el despilfarro.

Y cuando pensábamos
que todo estaba al alcance de la mano,
izas!, –una vez más, como siempre–,
nos vienen con nuevas teorías y ofertas.

La teoría del individualismo,
de los emprendedores autónomos,
del empresario de uno mismo,
del sálvese el que pueda,
y que se mueran los pobres...

Recordamos la teoría de la tarta,
del goteo bajando por las barbas
del ricachón
en forma de migajas y de sobras...

En el día de San Jamás –nos dicen–
todo lo que os pertenece será vuestro.

Nos repiten que no hay revolución posible,
que la lucha de clases ha muerto
y que el margen de negociación
depende del mercado
y no de las conciencias...

Cuéntanos, Señor, una vez más,
con tu voz de pobre dolorido,
con la voz de todos los pobres,
desde los marginales abismos
de la infame desigualdad,
la parábola de Lázaro, el pobre.

(A partir de un poema de F. Ulibarri)

El **segundo grado** de nuestro compromiso con los pobres es la **ira**, al descubrir que la pobreza es un **problema estructural**. La pobreza no es simplemente una desdicha o una mala suerte; no es el resultado de la pereza o la ignorancia. Hoy es el resultado directo de los sistemas económicos y políticos que nos gobiernan. La pobreza es algo fabricado. El descubrir que la pobreza es impuesta sobre las personas por medio de las políticas económicas que se llevan a cabo, nos lleva a sentir indignación e ira. Sentimos ira hacia los ricos y los gobiernos. Les acusamos por su insensibilidad y su política inhumana.

Pero nuestra formación cristiana hace que nos sintamos incómodos de sentir ira. ¿No deberíamos perdonar? Para los que queremos seguir a Cristo, la ira y la indignación nos pueden llevar a caer en una profunda crisis espiritual.

Hay dos clases de ira y de indignación. Una es expresión de odio y de egoísmo. La otra es expresión de amor y compasión. La ira de Dios es expresión de su amor a los pobres y a los ricos, a los oprimidos y los opresores. ¿Cómo puede ser esto? Cuando mi corazón siente compasión hacia los que sufren, no puedo dejar de sentir ira hacia quienes les hacen sufrir. Cuanta más profunda se hace mi compasión hacia los pobres, tanto más fuerte se hace mi ira hacia los ricos. Son dos caras de una misma moneda. Si no sintiera ira hacia los

opresores, mi compasión no sería seria. La ira señala la seriedad de lo que nos estamos jugando. Si no puedo experimentar algo de lo que es la cólera de Dios hacia los opresores, mi amor y servicio a los pobres no podrá crecer ni desarrollarse.

Ahora bien, la ira de Dios no significa que él no ame a los ricos como personas. En este sentido siempre se ha distinguido entre el amor a los pecadores y el aborrecimiento del pecado. Cuanto más nos demos cuenta que la responsabilidad de la pobreza reside más en las estructuras injustas que en los individuos, más fácil nos será perdonar al individuo y odiar al sistema. Si crecemos y compartimos en mayor medida la ira de Dios, descubriremos que nuestra ira se dirige más hacia los sistemas injustos que hacia las personas, aun cuando esta ira se oriente a veces hacia quienes representan y perpetúan esos sistemas. Y bueno será entonces mirar nuestras propias complicidades. La ira cristiana es la reacción dolorida ante el sufrimiento de los pobres. Es lo contrario de esa indiferencia indolente a la que somos invitados continuamente por este sistema que ha banalizado el mal, arrojando la justicia al orden del “no sentido”, es decir, al orden de lo intrascendente.

La ira así entendida nos hace participar en las luchas sociales, pertenecer a grupos que buscan cambiar este sistema... Lo cual a los cristianos suele acarrear un mar de problemas. Este es solo el segundo grado.

El **tercer grado** de nuestro desarrollo espiritual empieza cuando descubrimos que los pobres tienen que salvarse ellos mismos y, realmente, no nos necesitan ni a ti ni a mí. Es la etapa en la que nos enfrentamos con la humildad en nuestro servicio a los pobres.

El **cuarto grado** comienza con el desengaño con respecto a los pobres. Es el momento de pasar de la idealización a la solidaridad real. Los pobres no son santos.

Al final volvemos al principio (la causa de los pobres), pero con un espíritu colmado de evangelio.

(Para el desarrollo de estos dos últimos grados ver el libro de **A. Nolan** que lleva por título «Esperanza en una época de desesperanza», p 59-69, donde están desarrollados los cuatros grados). (El libro está editado por Sal Terrae).

